

## Historia de un país Argentina siglo XX

### Capítulo 2: "La conquista del desierto"

---

**"Hoy, 18 de enero de 1826, para ahorrar balas,  
degollamos a 27 ranqueles".**

**Federico Rauch**

- Presentación -

En el combate de Las Vizcacheras, un indio joven, de pelo largo, al que llaman Arbolito, espera en una hondonada al oficial prusiano Federico Rauch.

El militar europeo va solo, adelantado a sus tropas y a toda velocidad, cuando su caballo es boleado. Federico Rauch, el hombre responsable de exterminar a indios ranqueles a lo largo de dos años, cae...

Arbolito, que busca vengar a muchos de los suyos, le corta la cabeza.

Pero... ¿cuál es el comienzo de esta historia...?

- Desarrollo -

Hace aproximadamente 30 mil años, tribus provenientes de Asia y Oceanía comenzaron a ocupar el territorio americano, desde el estrecho de Bering hasta Tierra del Fuego.

El tiempo y la geografía configuraron diversos pueblos con diferentes culturas y modos de vida. Los tehuelches, los pampas, los wichís y los araucanos subsistieron gracias a la caza, la pesca y la recolección de frutos. Otros, como los incas, llegaron a construir ciudades imponentes y lograron afianzar un extenso imperio que abarcaba los actuales territorios de Perú, Bolivia, y el norte de la Argentina y Chile.

Se calcula que la población total, hasta la llegada de los españoles en el siglo xv, era de dos millones de habitantes originarios.

En España funcionaba una rígida sociedad feudal. Quienes no poseían bienes y riquezas difícilmente podían cambiar su situación social. Por eso, América representó para muchos campesinos, labradores y nobles empobrecidos la posibilidad de cambiar su condición social: obtener tierras, riquezas, títulos y fama, que eran derechos y honores reservados hasta entonces sólo a la nobleza.

Desde la llegada de don Pedro de Mendoza al Río de la Plata, la política adoptada fue la de las hostilidades con los habitantes originarios, la apropiación de sus tierras, y su posterior dominación por medio de la fuerza y la religión.

Las líneas divisorias entre los asentamientos españoles e indígenas fueron, durante largo tiempo, fluctuantes y reñidas. La creación del Virreinato del Río de la Plata y la consecuente presencia de un poder político y militar fuerte permitieron establecer una línea de fronteras medianamente alejada de los centros urbanos.

De esta manera, los territorios que quedaron fuera de esta línea pasaron a formar parte del denominado "desierto" –se buscaba evocar un lugar despoblado–, aun cuando esos territorios continuaban habitados por las comunidades aborígenes.

Muchos fueron los que pensaron que esos grupos y su forma de vida no pertenecían a la civilización, sino a la barbarie. El indio era el bárbaro, el salvaje al que había que domesticar o exterminar.

La Revolución de Mayo trajo aparejada una política conciliatoria e integradora.

En octubre de 1810, el secretario de Guerra y Gobierno, Mariano Moreno, encomendó al coronel Pedro Andrés García una expedición pacífica, diplomática y comercial hacia las pampas. García elevó un informe a la Junta en el que decía que el indio, "a pesar de su barbarie", podía ser reducido y asimilado a la civilización.

Además, propuso fortificar una frontera desde el río Colorado, al sur de Mendoza, para establecerse en Salinas Grandes, Guaminí y Sierras de la Ventana.

Cuando el coronel Feliciano Chiclana visitó a los ranqueles en Leuvucó, en 1819, pactó con ellos una alianza contra los españoles. Esta tregua corta se vio interrumpida por la instalación de saladeros.

En Buenos Aires, el saladero, industria dedicada a la elaboración de tasajo —carne seca conservada en sal— creció notablemente y dio origen al grupo de los saladeristas rioplatenses, que ejerció enorme influencia en la dirección política del naciente país. Para esa industria era necesario, además del ganado, contar con la sal traída de Salinas Grandes o de la costa patagónica, todos territorios pertenecientes a distintas tribus.

Así, las estancias cercanas a la ciudad avanzaron sobre territorio indígena y ocuparon los campos donde estos se abastecían de ganado salvaje.

Al poco tiempo de asumir la gobernación de Buenos Aires, Martín Rodríguez delegó prácticamente el gobierno en su ministro Bernardino Rivadavia y se lanzó a una “campana al desierto”.

*Decía Martín Rodríguez: “La experiencia de todo lo hecho nos enseña el modo de manejarse con estos hombres; ella nos guía al convencimiento de que la guerra con ellos debe llevarse al exterminio. En la guerra se presenta el único remedio bajo el principio de desechar toda la idea de urbanidad y considerarlos como enemigos que es preciso destruir y exterminar”.*

Con el objetivo de avanzar hacia los ríos Colorado y Negro, el gobernador Martín Rodríguez estableció fortines en Areco, Navarro, Monte, Chascomús y Ranchos, y también levantó un poblado en Tandil.

Y esto pensaba a su vez el coronel García: *“Fue errado y muy dañoso el sistema de conquistar a los indios salvajes a la bayoneta y de hacerlos entrar en las privaciones de la sociedad sin haberles formado necesidades e inspirándoles el gusto de nuestras comodidades.”*

El ascenso de Rivadavia a la presidencia, en 1826, significó para los pampas la pérdida de una enorme cantidad de territorio. Todas las tierras públicas de la provincia quedaron hipotecadas como garantía del empréstito tomado con la casa bancaria Baring Brothers, de Londres. Rivadavia decidió entonces aplicar el sistema de “enfiteusis” por el cual los productores rurales podían ocupar y hacer producir las tierras públicas, no como propietarios sino como arrendatarios.

La ley promulgada en julio de 1826 lo establecía sin lugar a dudas: “Quedan especialmente hipotecados al pago del capital e intereses de la deuda nacional, las tierras y demás bienes inmuebles de propiedad pública, cuya enajenación se prohíbe en toda la Nación”. En vez de fraccionar la tierra y entregarla en lotes a pequeños y medianos

productores para que la trabajaran, la enfiteusis rivadaviana entregó miles y miles de hectáreas a quienes ya eran grandes propietarios.

Como la ley no establecía límites, ni exigía la introducción de ganado ni la población de los campos, permitía el subarriendo y la transmisión de derechos, prestándose para todo tipo de especulaciones con la tierra pública.

Ocho millones 600 mil hectáreas pasaron a manos de 538 propietarios privados.

Para controlar las fronteras y garantizar la tranquilidad de estos propietarios, Rivadavia contrató al mercenario prusiano Federico Rauch, que recibió el grado de coronel del Ejército nacional.

Su estrategia consistía en atacar por sorpresa y asesinar indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños. Pero pronto le llegaría su turno al "espanto del desierto". el 28 de marzo de 1829, en el combate de Las Vizcacheras, Rauch fue derrotado y degollado por el ranquel Arbolito.

Los 30.000 kilómetros cuadrados de pampas que poseía Buenos Aires se habían transformado –por el avance del ejército, y a la fecha de la muerte de Rauch- en más de 100.000.

Una ciudad en la provincia de Buenos Aires aún hoy lleva su nombre.

*"¡Hacendados!, Vosotros sabéis que la campaña y la frontera se encuentran hoy enteramente libres de los indios enemigos: que aterrados por los repetidos golpes de muerte que han sufrido en sus mismos hogares y tolderías, se han refugiado al otro lado del río Negro de Patagones, y a las faldas de las cordilleras de los Andes*

*[...] Un esfuerzo más, y quedarán libres para siempre nuestras dilatadas campañas, y habremos establecido la base de todos los cálculos de nuestra riqueza pública, y acabado la empresa que ha burlado por más de dos siglos el valor y la constancia de nuestros mayores."* (Juan Manuel de Rosas)

Entre 1833 y 1834, Rosas emprendió su Campaña al Desierto, financiada tanto por la provincia como por los estancieros bonaerenses.

La expedición contó con el apoyo de los gobiernos de San Luis, Córdoba, San Juan y Mendoza.

Se le encargó a Facundo Quiroga comandar una ofensiva conjunta contra el indio. Organizados en tres divisiones, la última dirigida por el mismo Rosas, penetraron en territorio indígena llegando a los ríos Colorado y Negro, y ocupando Choele-Choel.

Durante la campaña, Rosas combinó la conciliación con el sometimiento. Pactó con los pampas y se enfrentó con los ranqueles y la confederación liderada por Calfucurá.

Se ganaron 2900 leguas cuadradas de tierras y la línea defensiva pasó por Bahía Blanca, Médano Redondo y Carmen de Patagones. Según un informe que Rosas presentó al gobierno de Buenos Aires, el saldo de la operación militar fue de:

- 3200 indios muertos
- 1200 prisioneros
- 1000 cautivos blancos rescatados.

Por aquellos años de guerras civiles, unitarios y federales estuvieron de acuerdo en la necesidad de exterminar al habitante originario y quedarse con sus tierras.

Poco antes de escribir el *Facundo* y mucho antes de ser presidente, Sarmiento declaraba:

"No debieran nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de América, ahora como entonces, nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización. Quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia; no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra."

Durante la última mitad del siglo XIX, la Argentina se insertó en el mercado internacional como productora y exportadora de productos primarios. Inglaterra, la principal compradora de estos productos, necesitaba materia prima para su industria textil y realizaba los primeros intentos de enfriado de carnes que en poco tiempo darían paso al frigorífico.

Esto despertó gran interés por la Patagonia, considerada una fuente proveedora de lana y carne ovina, productos de exportación generadores de divisas.

De esta manera, se hizo necesaria la expansión de la frontera para, como decía un funcionario de la época, “reemplazar a los indios por ovejas”.

Comenzó a pensarse en poblar la región para asegurar la soberanía argentina en esas tierras y abrir una vía de comunicación hacia el Océano Pacífico para contrarrestar las ambiciones chilenas sobre el estrecho de Magallanes.

En 1874, asumió la presidencia Nicolás Avellaneda y poco tiempo después promovió la Ley de Inmigración y Colonización.

La ley fomentaba la inmigración mediante oficinas de propaganda en las principales ciudades europeas, donde se entregaba folletería informativa que prometía pasaje gratis, tierra en propiedad y trabajo. Pero al llegar la oleada inmigratoria, la mayoría de las tierras estaban repartidas entre los grandes terratenientes.

La nacionalización del territorio resultaba imprescindible.

El gobierno le encargó al ministro de Guerra, Adolfo Alsina, un plan para terminar definitivamente con el “problema del indio y del desierto” y correr nuevamente la línea de frontera. Este emprendimiento intentó alcanzar el río Negro y lograr la paz con las comunidades indígenas.

La falta de planificación y la incapacidad del gobierno de elaborar tratados que respetaran mínimamente los intereses indígenas, llevaron a varios caciques a organizar una gran invasión.

Alsina organizó la contraofensiva en 1876. Como resultado de la campaña se construyeron pueblos como Carhué, Guaminí, Puán, Trenque-Lauquen, Ita-ló, y una zanja de 374 km -de unos 3 metros de ancho y 2 de profundidad- entre Carhué y Laguna del Monte, conocida como la “zanja de Alsina”, que tenía como fin evitar el robo de animales.

La política desarrollada por Alsina le había permitido al Estado ganar unos 56.000 kilómetros cuadrados, extender la red telegráfica, la fundación de cinco pueblos y la apertura de caminos.

Alsina muere y en su reemplazo es designado Julio Argentino Roca.

*“Sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez y para siempre, esta nacionalidad argentina que tiene que formarse, como las pirámides de Egipto y el poder de los imperios, a costa de sangre y el sudor de muchas generaciones.” (Julio Argentino Roca).*

En 1878, el Congreso Nacional sancionó una ley por la que se destinaban un millón 600 mil pesos para el traslado de la frontera a los ríos Negro y Neuquén. La suma millonaria se obtendría a través del “producido de las tierras públicas nacionales que se conquistaran”.

Casi 400 personas se quedaron con más de 8 millones de hectáreas de las mejores tierras del mundo.

El nuevo ministro de Guerra aplicó un plan de aniquilamiento de las comunidades indígenas a través de una guerra ofensiva y sistemática. El plan se realizó en dos etapas: una ofensiva general sobre el territorio comprendido entre el sur de la provincia de Buenos Aires y el río Negro, y una marcha coordinada de varias divisiones para confluir en las cercanías de la actual ciudad de San Carlos de Bariloche.

Julio Argentino Roca modernizó las tropas e incrementó la construcción de líneas telegráficas. Los batallones comenzaron a utilizar nuevos armamentos, como los fusiles Remington, con un alcance de 1000 metros y la ventaja de disparos sin humo de pólvora, que les permitía pasar inadvertidos.

En julio de 1878 el plan estaba en marcha y el ejército de Roca lograba sus primeros triunfos con la captura de prisioneros y el rescate de cautivos.

Cuando finalmente Roca emprendió su campaña, el indio estaba ya muy lejos de ser un enemigo formidable.

*“En la superficie de quince mil leguas que se trata de conquistar, comprendidas entre los límites del río Negro, los Andes y la actual línea de fronteras, la población indígena que la ocupa puede estimarse en 20.000 almas, en cuyo número alcanzan a contarse 2000 hombres a punta de lanza [...]. Su número es bien insignificante en relación al poder y a los medios que dispone la Nación. Tenemos seis mil soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios que no tienen otra defensa que la dispersión, ni otras armas que la lanza primitiva.” (Julio Argentino Roca)*

Los indios que no caían por los fusiles eran alcanzados por enfermedades que habían llevado sus enemigos.

Cuando la financiación estuvo aprobada y el negocio armado, Roca preparó sus fuerzas para la ofensiva final. La expedición partió entre marzo y abril de 1879. Los seis mil soldados fueron distribuidos en cuatro divisiones que partieron de distintos puntos para rastrillar la pampa. Dos de las columnas estarían bajo las órdenes del propio Roca y del coronel Napoleón Uriburu, que atacarían desde la cordillera para converger en Choele-Choel.

Las columnas centrales, al mando de los coroneles Nicolás Levalle y Eduardo Racedo, entrarían por la Pampa central para ocupar la zona de Trarú Lauquen y Poitahue.

Todo salió según el plan, con el acompañamiento de la Armada que con el buque *El Triunfo*, a las órdenes de Martín Guerrico, navegó por el río Negro.

Roca demoró la llegada de las tropas a Choele-Choel para arribar a la margen izquierda del río Negro el 25 de mayo de 1879. Tras la celebración de la victoria aquel día de la patria, Roca encaró el último tramo de la campaña. El 11 de junio las tropas llegaron a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. Pocos días después, el conquistador-ministro debió regresar a Buenos Aires para garantizar el abastecimiento de sus tropas y para estar presente en el lanzamiento de su candidatura a presidente de la República por el Partido Autonomista Nacional.

El saldo de la campaña fue de miles de indios muertos, 14 mil reducidos a la servidumbre, y la ocupación de 15 mil leguas cuadradas que se destinarían, teóricamente, a la agricultura y la ganadería.

Las enfermedades contraídas por el contacto con los blancos, la pobreza y el hambre aceleraron la mortandad de los indígenas patagónicos sobrevivientes.

Los vencidos debieron caminar encadenados 1400 kilómetros, hacia los puertos de Bahía Blanca y Carmen de Patagones. De allí partieron, en una larga y penosa travesía, hacia el puerto de Buenos Aires, desde donde fueron trasladados a la isla Martín García.

En la isla, fueron embarcados nuevamente y “depositados” en el Hotel de Inmigrantes, donde la clase dirigente de la época se dispuso a repartirse el botín.

Cuenta el diario *El Nacional*, del 31 de diciembre de 1878:

*“Los miércoles y los viernes se efectuará la entrega de indios y chinas a las familias de esta ciudad, por medio de la Sociedad de Beneficencia.*

La desesperación y el llanto no cesan. Se les quita a las madres sus hijos para en su presencia regalarlos, a pesar de los gritos, los alaridos y las súplicas que hincadas y con los brazos al cielo dirigen las mujeres indias. En aquel marco humano unos se tapan la cara, otros miran resignadamente al suelo, la madre aprieta contra su seno al hijo de sus entrañas, el padre se cruza por delante para defender a su familia”.

La jerarquía católica expresó oficialmente su beneplácito por la conquista, a través de monseñor Fagnano:

*“Dios en su infinita misericordia ha proporcionado a estos indios un medio eficacísimo para redimirse de la barbarie y salvar sus almas: el trabajo; y sobre todo la religión, que los saca del embrutecimiento en que se encontraban.”*

Algunas tribus, con sus capitanejos y caciques que lograron escapar, continuaron resistiendo por medio de escaramuzas en las fronteras. Pero fueron finalmente reducidos por la fuerza o por el pacto, recibiendo un total de 24 leguas en zonas estériles y aisladas.

- Cierre -

La “conquista del desierto” cumplió con dos objetivos fundamentales para la elite gobernante: afianzar la burguesía y consolidar el poder militar.

Además, sirvió para que entre 1876 y 1903 -un lapso de 27 años- el Estado regalase o vendiese casi 42 millones de hectáreas a 1800 terratenientes vinculados estrechamente por lazos económicos y/o familiares a los diferentes gobiernos que se sucedieron en aquel período. Sesenta y siete propietarios pasaron a ser dueños de 6 millones de hectáreas.

Entre ellos, se destacaron 24 familias “patricias” que recibieron parcelas que oscilaban entre las 200 mil hectáreas de los Luro, a las 2 millones 500 mil obtenidas por los Martínez de Hoz.

Para 1920, solamente cincuenta familias eran propietarias de más de 4 millones de hectáreas en la provincia de Buenos Aires.

Estas tierras fiscales que, según marcaba la Ley de Inmigración, debían ser destinadas al establecimiento de colonos y pequeños propietarios llegados de Europa, fueron distribuidas entre una minoría de familias vinculadas al poder, que pagaron por ellas sumas irrisorias.

Algunos pequeños propietarios se dedicaron a la explotación ovina y poblaron el desierto con ovejas; otros dejaron centenares de miles de hectáreas sin explotar y sin poblar, especulando con la suba del precio de la tierra.

Aún hoy el territorio de la Patagonia tiene un porcentaje de medio habitante por kilómetro cuadrado.

Hoy, muchos descendientes de los pueblos originarios de esas tierras viven ignorados y marginados como en aquellos días de la conquista, cuando fueron brutalmente masacrados o condenados a sobrevivir aislados en pequeñas comunidades, luchando porque concluya el tiempo de dominación sistemática ejercida por el hombre blanco.

**Historia de un país. Argentina Siglo XX – Canal Encuentro**

Guión: Felipe Pigna/ Paula Romero Levit – Asesoramiento Histórico: Felipe Pigna – Asesoramiento en contenidos: Jéssica Tritten – Archivo histórico documental de Canal Encuentro: Claudia Perel/ María Flores/ Gachi González